

DE *TALASOPHOBIAS* Y *TALASOPHILIAS*. ODISEO Y EL CORPUS
NIETZSCHEANO: DE DIVERSAS RELACIONES CON LA CASA Y EL MAR.

On *talasophobias* and *talasophilias*. Odysseus and Nietzschean
corpus: on different relationships between the house and the sea.

Andrés Leonardo Padilla Ramírez

Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá)/Universidad de Buenos Aires
andrespadillaramirez@gmail.com

Resumen: En este artículo se arriesgan las figuras de la casa y del mar en tanto posibles instancias/ficciones interpretativas a la hora de abordar-contraponer-pensar la *Odisea* homérica (también entendida como paradigma de una Modernidad anhelante de casa y tierra firme) y el *corpus* nietzscheano (que arriesga incesantemente (im)posibles asentamientos sobre y entre superficies sísmicamente activas). Frente a una posible “talasofobia” odiseico-cartesiana que ansía la seguridad, el resguardo, la identidad y el reposo en alguna tierra patria o arquimédica libre de toda inquietud o duda, el *corpus* nietzscheano (se) aventura (en) una apuesta y riesgo teórico-existencial por habitar y transitar superficies continuamente (des)estructurantes: una tierra otorgadora de sentidos embestida por un mar incesantemente (des)configurador que corroe e inunda todo intento-fundamento encorsetador, reductor y jerarquizador de lo diverso. Filosofía de la navegación nietzscheana que ante el peligro de que instancias suprahistóricas momifiquen y disequen pensamiento y vida invita a zarpar y a (de)construir espacios y formas-de-vida incesantemente.

Palabras clave: Nietzsche / Odiseo / casa / mar / hogar

Abstract: In this article the figures of the house and the sea are risked as possible interpretative instances/fictions when approaching-counterthinking the Homeric *Odyssey* (also understood as the paradigm for a yearning for home and steady ground in the line of Modernity) and the Nietzschean *corpus* (which constantly risks (im)possible settlements over and among seismically active surfaces). Towards a possible Odyssean-Cartesian *Thalassophobia*, which longs for safety, shelter, identity and rest in some homeland or archimedean land free of any concern or doubt, the Nietzschean *corpus* ventures theoretically-existentially betting and risking to inhabit and transit continuously (de)structuring surfaces: a land, granting of the senses, onslaught by a ceaselessly (un)configuring sea eating away and flooding every corseting, reducing and hierarchy setting attempt-foundation of the diverse. Philosophy of the Nietzschean sailing, which, facing the danger of suprahistoric instances to mummify and dissect thought and life, invites to incessantly set sail and (de)construct spaces and ways-of-life.

Key Words: Nietzsche / Odysseus / house / sea / homeland

Para: N.E.Ch.

Antes que el sueño (o el terror) tejiera
Mitologías y cosmogonías,
Antes que el tiempo se acuñara en días,
El mar, el siempre mar, ya estaba y era.

¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento
y antiguo ser que roe los pilares
de la tierra y es uno y muchos mares
y abismo y resplandor y azar y viento?

El Mar, Jorge Luis Borges.

En casa no se necesitan –ni hace falta crear– continuamente respuestas novedosas de cara a lo que acontece. En repetidas ocasiones se trataría más bien de interrogar-recurrir, en busca de soluciones tranquilizadoras, a un habitual pasado que, concebido –y deseado– en tanto reducto perennemente inmunizado, siempre se encontraría dispuesto a otorgar-garantizar aquel horizonte de sentido y significación donde habitantes, cosas y palabras guardarían y preservarían su identidad. Sentirse (como) en casa: despojar(se) el carácter amenazante e inquietante de lo extraño, de lo que pierde y extravía, de lo que ha de permanecer de puertas para afuera para no atentar ni hacer peligrar, de forma alguna, la autoconservación, los atributos, las propiedades. Se hace deseable que el pasaje a través del umbral que señala la puerta desactive, con espejos y amuletos o con invitaciones y saludos de re-conocimiento y bienvenida, lo amenazante que puede resultar lo no-doméstico, lo que no se inscribe en la cotidiana mismidad.

Franquear un umbral es, entonces, atravesar una zona peligrosa donde batallas invisibles, pero reales, se libran. Mientras la puerta esté cerrada, todo está bien. Abrirla es peligroso: es desencadenar dos horas, una contra otra, es arriesgarse a quedar atrapado en la pelea. Lejos de ser una comodidad, la puerta es un instrumento terrible que no debemos manipular más que a conciencia y, de acuerdo con los ritos necesarios, rodearla de todas las garantías mágicas.¹

Se haría posible caracterizar la casa, entonces, en tanto *topos* de ánimo y talante inmunizante y aséptico, dimensión con vocación identitaria en búsqueda de (auto)preservación y re-afirmación: la hierba se corta; la grieta se cura; las filtraciones de agua se reparan; el otro –no familiar– avisa su

1. M. Griaule. “Seuil”. *Documents*, No. 2, 1930, p. 103. Agradezco a Guadalupe Lucero por la traducción.

llegada golpeando la puerta o la ventana; los antepasados, las costumbres y raíces se recuerdan, se honran y se enaltecen: se busca en ellas continuidades y herencias perdurables. En casa uno pretende resguardarse de la indefensión y de la vulnerabilidad ante un mundo amenazante: nada más inquietante que la intemperie, la puerta entreabierta, el ruido nocturno o la cerradura forzada.

Y es que al hablar de la casa no se señala meramente un lugar geográficamente ubicable. Desde ella se constituye un tejido de sentido de mundo: usos cotidianos, hábitos, métodos, horarios y calendarios, prácticas, tradiciones, sensibilidades, palabras y formas de nombrar. Es posible considerar la casa en tanto dimensión constitutiva del sistema de coordenadas que se aplican al mundo para, luego y en simultánea, lograr orientarse en él². Se configura, pues, una manera rutinaria de tratar con lo novedoso e incierto a través de ejercicios de desactivación y reapropiación. La casa, la tierra paterna *-terra patria*, y todo aquello con lo que se hace casa, es susceptible de ser recordado incesantemente: lo natal, y sus verdades, se nombran una y otra vez como invocación y conjuro ante el desamparo de la extrañeza, entre la intemperie arrojada, frente a toda lejanía que desabriga de lo familiar.

(...) y no me quedó otro recurso que repetir a todas horas el nombre de Gilberta, como esa lengua natal que los naturales de un país vencido se esfuerzan por conservar para no olvidarse de la patria que nunca volverán a ver.³

Al salir del edificio, lo inesperado me asaltó. Lo que antes había sido sólo lluvia en los cristales, protección de cortinas y bienestar, era en la calle tempestad y noche (...) Diluvio carioca, sin refugio posible (...) el pie tanteando para encontrar aceras invisibles. Y lo peor era el temor ancestral grabado en la carne: estoy sin protección, el mundo me ha expulsado hacia el mundo y yo, que sólo quepo en una casa, nunca más tendré casa en mi vida, este vestido empapado soy yo, el pelo chorreante nunca se secará, y sé que no estaré entre los escogidos para el Arca porque ya han seleccionado la mejor pareja de mi especie.⁴

La pérdida de casa. Temor ancestral de corte diluviano grabado e inscrito en la carne: imposibilidad de refugio, radical desamparo, tempestad que, al inundar cada superficie, hace de todo un agitado mar que impide apoyar el pie sobre la tierra firme en busca de algún camino prefijado, alguna certeza

2. A. Schütz, "La vuelta al hogar", trad. N. Míguez, en: G. Simmel *et alt.*, *El extranjero: sociología del extraño*, Madrid, Ediciones Sequitur, 2012, p. 44.

3. M. Proust, *A la sombra de las muchachas en flor*, trad. P. Salinas, Madrid, Alianza Editorial, 2002, p. 92.

4. C. Lispector, "Malestar de un ángel", en *Para no olvidar*, trad. E. Losada, Madrid, Ediciones Siruela, 2007, pp. 39-40.

conocida, algún retorno posible y asegurado al terruño. Posibilidad e inde-seabilidad de que se inunde el espacio habitacional, de que *hagan agua* las cartografías existenciales habituales, de que naufrague y se hunda, de una vez y para siempre, lo que se cree más propio, lo familiar junto a sus coordenadas espacio-valorativas. El hundimiento de la casa: perder una forma de habitabilidad, el fin radical de un mundo. Ausencia, ruina y desplome del *oikos*: nostalgia del centro, añoranza de retorno al eje configurador, deseo de vuelta definitiva a la Unidad.

En el presente escrito las figuras de la *casa* y del *mar* fungirán como ficciones interpretativas a la hora de abordar-contraponer-pensar la *Odisea* homérica y el *corpus* nietzscheano. Dos relaciones con la casa y con el mar que distan entre ellas. Por una parte, el mar odiseico que como mal sólo se hace equiparable a la guerra; enemigo marino del orden, la seguridad, la tradición que en su continuo desarticular imposibilita el reposo perentorio del reencontrarse en casa con la identidad perdida, con los atributos y posesiones definitorias, con el fundamento que organiza, distribuye y sojuzga todo viviente y toda vivencia en torno a un centro-soberano inconmovible. Por otra parte la afirmación-invitación nietzscheana a zarpar una y otra vez pues “todo está en el mar”: desestructurante, indomeñable e inquietante superficie que imposibilita la momificación en torno a una instancia-casa suprahistórica monótono-teísta; zozobra, amenaza y ruptura con toda lógica y dinámica del aseguramiento o del cálculo. Si el mar, como el nihilismo, derruye, arrasa y rompe toda tierra firme-natal, todo principio identitario-soberano que se cree intemporal y verdadero (“el inicio del nihilismo: la separación, la ruptura con la tierra natal, que comienza *sin hogar ni país*, que acaba en *siniestra extrañeza*”⁵; “*Nihilismo*: falta la meta; falta la respuesta al ‘¿por qué?’; ¿qué significa nihilismo? *Que los valores supremos se desvalorizan*”⁶); y si el nihilismo para Nietzsche resulta ser a su vez el más inquietante de todos los huéspedes⁷, se hace posible pensar en “sostener” una relación con el mar desestructurante de sentidos en la que la hospitalidad-comunidad nietzscheana con el hermoso monstruo marino sea entendida en tanto relación de (im)posible amistad⁸ con aquella perenne in-

5. F. Nietzsche, *NF 1887*, 11 [335]. [http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1887,11\[335\]](http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1887,11[335]) trad. *Fragments Póstumos IV*, trad. J. Vermal y J. Llinares, Editorial Tecnos, Madrid, 2008, p. 460.

6. F. Nietzsche, *NF 1887*, 9 [35]. [http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1887,9\[35\]](http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1887,9[35]) trad. *Ibid.*, p. 241.

7. “El nihilismo está a las puertas: ¿de dónde nos llega éste, el más inquietante de todos los huéspedes?”. F. Nietzsche, *NF 1885*, 2 [127]. [http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1885,2\[127\]](http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1885,2[127]) trad. *Ibid.*, p. 114.

8. Cragnolini entiende la metáfora de la amistad en Nietzsche como inserta de lleno en el planteamiento político, no sólo porque supone, junto con la crítica al sujeto y las

quietud que desestructura e impide una detención definitiva-definitoria en torno a un eje fundante. Nihilismo futuro⁹ que se torna, para Nietzsche, en tanto modo de pensamiento divino al hacer de la diversidad de perspectivas una apuesta marina de (in)habitabilidad ético-política:

La forma extrema del nihilismo sería: que *toda* creencia, todo tener-por-verdadero es necesariamente falso: *porque no hay en absoluto un MUNDO VERDADERO*. Por tanto: una apariencia perspectivista, cuyo origen está en nosotros mismos (en cuanto *tenemos necesidad* permanentemente de un mundo más estrecho, abreviado, simplificado –que la *medida de la fuerza* es el grado en que podamos admitir la *apariencialidad*, la necesidad de la mentira, sin sucumbir. *En ese sentido, el nihilismo en cuanto negación de un mundo verdadero, de un ser, podría ser un modo de pensamiento divino: - - -*¹⁰

El nostos odiseico: La incólumne casa y el mar en el viaje de retorno a lo originario

Ahora me hallo agobiado por la desgracia y las fatigas, pues he tenido que sufrir mucho, ya combatiendo con los hombres, ya surcando las temibles olas.

Odisea, Homero

No pocas veces ha sido caracterizado Homero como ‘El educador de Grecia’ o ‘El instructor de la Hélade’: el primer y más influyente pedagogo y (con)formador de la humanidad griega; el poeta que alienta un *êthos*, una imagen y un ideal de lo humano¹¹. Ya el mismo Platón reconocía el poderoso influjo que las narraciones homéricas tenían sobre el ánimo y la vida de los

nociones de interioridad, todo el cuestionamiento nietzscheano a los espacios propios de la modernidad (lo privado, lo público), sino también porque la idea de la comunidad resuena constantemente en la obra del pensador alemán. Cfr. M. B. Cragolini, “Nietzsche: la imposible amistad”, en *Moradas nietzscheanas. Del sí mismo, del otro y del “entre”*, Buenos Aires, La cebra, 2006, p. 128.

9. Para una caracterización de las tres etapas indicadas por Nietzsche para el nihilismo (decadente, integral y futuro) véase: M. B. Cragolini, *Nietzsche, camino y demora*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003.

10. F. Nietzsche, *NF 1887*, 9 [41]. [http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1887,9\[41\]](http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF-1887,9[41]) trad. *Fragmentos Póstumos IV*, trad. cit., p. 243.

11. Sobre esta caracterización de Homero véase W. Jaeger, *Paideia*, trad. J. Xiral, México, Fondo de Cultura Económica, 1995; y M. Finley, *El mundo de Odiseo*, trad. M. Barroso, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

griegos de la época clásica, y no es por otro motivo que realiza su condena a dicha poesía que, en su carácter instructivo y *ethopoiético*¹², formaba y configuraba una suerte de ciudadanos que no correspondían idealmente con la polis soñada por el autor de *La República*¹³.

Pero el influjo de los poemas homéricos no se detiene solamente en aquella Antigua Grecia. En repetidas ocasiones Odiseo ha sido presentado como paradigma de la existencia humana (un con-formador ético, gnoseológico, axiológico, político, estético-sensible) y, en particular, como arquetipo de la Modernidad¹⁴. *La Odisea* da cuenta de una rígida construcción ético-racional –el espíritu homérico no sólo daría cuenta de los mitos previos a él sino que se adueñaría de ellos y los organizaría en una unidad racional¹⁵– en la cual su personaje principal resguarda y sostiene sólidamente una identidad, una voluntad que orienta y organiza un conjunto lineal de acciones en torno y a partir de un *arkhé-télos* desde el que se parte y el cual, finalmente, es felizmente alcanzado: la llegada a Ítaca¹⁶. No resulta pues exagerado concebir a los poemas homéricos en tanto textos fundacionales para Occidente ya que es a través de ellos que se han configurado determinados modos de existencia, formas de habitar y de valorar que posiblemente aún hoy, incluso después del quiebre de la Modernidad, siguen funcionando como cartografías habitacionales de la cotidianidad ofreciendo coordenadas a través de las cuales guiar, calcular o medir la existencia. Los versos homéricos han establecido verdades, valores, formas de relaciones, definiciones de mundo que, sedimentados, han constituido determinados modos de ser: éticas, políticas, subjetividades.

12. Entendemos por *êthos* un modo de ser, un determinado modo de vida, una forma de habitar el mundo. En lo que refiere a la *póiesis*, como lo menciona Massimo Cacciari, si bien es un término vasto y complejo, es posible entenderlo en tanto producción, en tanto causa que hace posible el pasaje del no ser a la existencia. Cfr. M. Cacciari, “El hacer del canto”, en *El dios que baila*, trad. V. Gallo, Buenos Aires, Paidós, 2000, p. 12. *Ethopoiética* es pues entendida, para el presente contexto, como la producción y las formas de configuración de modos de ser, de modos de vida. La función *ethopoiética* es entendida por Michel Foucault en tanto operador de la transformación de la verdad en *êthos*. Cfr. M. Foucault, “La escritura de sí”, en *Estética, ética y hermenéutica*, trad. A. Gabilondo, Barcelona, Paidós, 1999, p. 292.

13. Véase Platón, *La República*, trad. C. Eggers Lan, Madrid, Editorial Gredos, 1988. 605d – 606b.; 607d-607e.

14. Cfr. J. Choza, P. Choza, *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*, Barcelona, Editorial Ariel, 1996. También véase M. B. Cragnolini, “De Ulises al lector nómade de las múltiples máscaras. La metáfora del caminante en Nietzsche”, en *Moradas nietzscheanas...*, ed. cit., p. 100. También en esta línea se puede leer: T. W. Adorno, M. Horkheimer, “Odiseo, o mito e ilustración”, en *Dialéctica de la ilustración: Fragmentos filosóficos*, trad. J. Sánchez, Madrid, Editorial Trotta, 1998, p. 97.

15. Cfr. T. W. Adorno, M. Horkheimer, *Dialéctica de la ilustración...* trad. cit., p. 97.

16. Cfr. W. Jaeger, *Paideia*, trad. cit., p. 62.

Odiseo, como metáfora de la identidad, nos da cuenta de una configuración, distribución y definición de lo (no) humano. En ella el héroe homérico se presenta como propietario de una serie de atributos –incluso en su ausencia– que le garantizan una identidad incommovible-reconocible en el tiempo y que le constituyen un cierto tipo de soberanía-disposición sobre lo (no) viviente. El movimiento vital-identitario que realiza parte de un resguardo unitario y esencial –pues es lo que siempre, e inalterablemente, lo identifica: ser soberano de Ítaca–, se ve expuesto a un sin fin de peligros de los que logra salir airoso y enriquecido, logrando finalmente retornar a su casa-identidad: reconquistarse a sí mismo sin llegar a devenir nunca lo otro de sí¹⁷. Odiseo se reencuentra de manera definitiva con lo que le pertenece, con lo que es y nunca ha dejado de ser suyo, alcanzando así la concordia y el ordenamiento restituido; neutralización de todo conflicto identitario; arribo definitivo a una tierra firme con lo que se logra la desactivación perentoria del informe mar que amenazaba con des-figurar al infortunado, pero siempre heroico, viajero. El retorno del soberano sobre sí, su aseguramiento, su identificación se da en una continuidad en el tiempo en la que la irreversibilidad del mismo es abolida: en Ítaca todo vuelve a ser como era antes, el orden del *oïkos* es restablecido como era en un principio (o en todo caso más enriquecido), el mar es dejado atrás, los pretendientes que acometen a usurpar el *topos* (del) soberano son aniquilados y el viaje de regreso permite el reencuentro y cerramiento de la identidad de aquel que se sentía desterrado, expatriado y perdido.

Y mientras el héroe realiza tal travesía, sus venturas y desventuras, el movimiento vital que traza, las valoraciones que guían y determinan su navegar, bosquejan una cartografía de lo humano y de lo no humano, determinan mojones y fijan linderos de la existencia organizando y distribuyendo lo real. El mundo odiseico, en tanto interpretación de lo real, configura, pues, una cosmovisión, ofrece una forma de habitar y de construir sentido, establece coordenadas que guían y determinan la acción sedimentando una figura de la existencia que da cuenta del carácter ético-político de toda narración. Enfermo y doliente de casa y regreso, *nostos-algia* es lo que atraviesa una y otra vez al héroe en su errancia¹⁸. Impulsa su viaje el deseo de retorno al hogar, y para su espíritu no hay cosa más dulce que el aseguramiento de su identidad y de lo suyo en la firme tierra patria y la casa propia. “Esto no obstante, deseo y anhelo continuamente irme a mi casa y ver lucir el día de mi vuelta (...) pues he padecido muy mucho en el

17. Cfr. M. B. Cragolini, “De Ulises al lector nómada de las múltiples máscaras...”, en *Moradas nietzscheanas...*, ed. cit., p. 101.

18. Siguiendo la etimología señalada por Corominas: *Nostos* refiere a ‘regreso’; *algos*: señala ‘dolor’. J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid, Editorial Gredos, 1985, p. 240.

mar como en la guerra”¹⁹. Nada atormenta más el pecho del héroe que el riesgo de desapropiarse, la amenaza de convertirse en el eterno despidiente si es cierto que “(...) recordarse con nostalgia es como despedirse otra vez”²⁰.

Odiseo es pues añoranza de la vívida errancia por devenir tan sólo fugaz temporada, por establecer una hora y punto de llegada y cierre definitivo que permita clausurar y organizar las experiencias otorgándole sentido a la partida y a la travesía. Sólo así la odisea podría devenir anécdota, recordo-narración por contar afianzando una sólida identidad narrativa sistematizadora en torno a un núcleo fundante, asegurado y siempre enriquecido. El viaje deja de ser movimiento y desplazamiento, se sedimenta en relato novelesco y fábula que, en su moraleja, también es pedagogía²¹: si no hay otra plaga igual al mar que desbarate y dé fin a un varón, por más fuerte que sea²², nada se torna más deseable que el arribo definitivo a *tierra firme*; si se ha de *viajar* que sea por negocio o utilidad: que un *télos* sirva de guía pues no se ha de errar como aquellos piratas que divagan, exponen sus vidas y llevan daño y desgracia a los pueblos al carecer de finalidad en su navegar²³; nada mejor que poner término, de una vez por todas, a la fatigosa y miserable errancia pues nada hay tan malo e in-apropiado para los hombres como la vida errática lejos de la patria y de la familia: ausente y carente de casa²⁴.

La *Odisea*, pues, en tanto máquina antropológica; el relato de regreso a Ítaca en tanto dispositivo de producción de lo (no) humano. Origen y *télos* que constituyen una definición de un sujeto propietario que se reconoce, se reafirma, se refuerza, que domestica y calcula, que se hace señor y dominador de lo más propio, defensor de sí mediante un desplegar todo tipo de dispositivos-ardides ante toda amenaza que busque atentar contra su *topos* soberano y jerarquizador. En Odiseo tenemos, pues, al arquetipo de la salida del hogar y de la lucha por retornar enriquecido al mismo sin que su esencia sea transmutada²⁵. Si la identidad es entendida en tanto *chez moi* [mi casa / casa propia] el héroe homérico da cuenta del pugilato aniquilador contra toda amenaza que atente la autoconservación o dificulte el regreso a

19. Homero, *Odisea*, Canto V, trad. L. Segalá y Estalella, Bogotá, Casa Editorial El Tiempo, 2001, p. 81.

20. C. Lispector, *Agua viva*, trad. E. Losada, Madrid, Ediciones Siruela, 2012, p. 71.

21. “Sólo como novela se convierte el poema épico en fábula”, T. W. Adorno, M. Horkheimer, *Dialéctica de la ilustración...* trad. cit., p. 128.

22. Homero, *Odisea*, trad. cit., Canto VIII, p. 115.

23. *Ibid*, Canto IX, p. 136.

24. *Ibid*, Canto XV, pp. 247-249.

25. M. B. Cragolini, “De Ulises al lector nómada de las múltiples máscaras...”, en *Moradas nietzscheanas...*, ed. cit., p. 100.

sí; pugna por la recuperación de las propiedades que dan sentido a la existencia; esfuerzo heroico por encauzar –durante el viaje y posterior llegada al *oïkos*- todo posible desvío. Su ingenio y razón (“¡Odiseo, fecundo en ardid-des!”) en esa lucha por la vida y el retorno a casa salen siempre victoriosos ante los peligros y desgracias que lo amenazan: se reafirma una mismidad puesta en peligro (quizás arriesgada sólo para ser corroborada). Su astucia calculadora erige artimañas, organiza y distribuye espacios, domestica y neutraliza lo salvaje con miras a alcanzar el suelo-fundamento (Ítaca: patria, casa, identidad) que permitirá sistematizar y otorgarle sentido a la errancia, una vez la identidad sea plenamente reconquistada.

Se parte de un suelo, se desarrolla toda la historia a partir de ese *subiacere* inamovible (de ese *subiectum* que está ya siempre delante y a la base, siendo de esta forma fundamento²⁶), y se retorna al territorio familiar, al cimiento organizador de toda experiencia que se ha tenido durante el trayecto. El movimiento (re)identitario odiseico se origina, pues, desde un *Grund-fundamento*, en su recorrido dará vueltas y rodeos, se extraviará (o parecerá hacerlo, pues el insistente recuerdo no se ve amenazado ni con cantos seductores, promesas de inmortalidad o letales olvidos²⁷), sollozará y gritará precisamente porque le es imposible olvidar su *arkhé-télos*. Finalmente, y como consecuencia de sus tretas y de ese recuerdo insistente e inmunizado ante el olvido, se regresa al lugar-hogar-identidad del que se partió. Se es arrancado y desmembrado de la unidad del *oïkos*, pero las tretas y artificios odiseicos recuperan e instauran, una vez más, la unidad perdida. Una identidad que no parece tener líneas de fuga y en la que todo es redirigido, una y otra vez, a un centro esencial e inconvencible: el lecho de Penélope y Odiseo²⁸.

Pese al sufrimiento era improbable que Odiseo (héroe unificador por excelencia) no regresara a esa Ítaca que permite dar cuenta, explicar y organizar todo lo real, pues Palas Atenea es su protectora: diosa favorita de Zeus a la que el dios padre no suele negarle nada; deidad que conserva y mantiene todo unido pues su *techné* es lo textil: unir lo diverso y transformar al caos en un conjunto ordenado, mantener la armonía; divinidad que domestica

26. M. Heidegger, “El dominio del sujeto en la época moderna”, en *Nietzsche*, trad. de J. L. Verma, Barcelona, Ediciones Destino, 2000, p. 635.

27. El adjetivo ‘letal’ posee la misma raíz que Leteo, el río del olvido. Cfr. M. B. Cragnolini, “Memoria y olvido: los avatares de la identidad en el «entre»”, en *Moradas nietzscheanas...*, ed. cit., p. 37.

28. “¡Oh mujer! En verdad que me da gran pena lo que has dicho. ¿Quién me habrá trasladado el lecho? Difícil le fuera hasta al más hábil, si no viniese un dios a cambiarlo fácilmente de sitio; mas ninguno de los mortales que viven hoy, ni aun de los más jóvenes, lo movería con facilidad, pues hay una gran señal en el labrado lecho que hice yo mismo y no otro alguno”, Homero, *Odisea*, trad. cit., Canto XXIII, p. 360.

y civiliza las fuerzas salvajes y que transforma lo inhóspito en habitable; diosa que tiene encomendada, como una de sus misiones, la búsqueda y reconciliación con el padre en tanto figura de autoridad originaria²⁹.

En Ítaca esperan a Ulises su padre Laertes, su gente, su familia, su pueblo, su origen. ¿Quién salva a Ulises de estar tanto tiempo perdido, retenido en la dispersión, fuera de lo suyo, fuera de sí mismo? La diosa de la sabiduría y de las artes, la que protege a Orestes y a Telémaco, la que socorre a sus propios hermanos los otros dioses, cuando se alejan de Zeus, pues ya sabe “la de claras pupilas qué penosa es la lucha con su padre”³⁰.

La nostalgia constituye, en el ánimo del héroe, un momento más de su movimiento sistematizador: seducción de la sede fundante, del sólido eje, quizás una astucia más de Odiseo prolífico en artimañas, pues sin nostalgia no habría regreso posible a Ítaca, un momento más en aras de asegurar que el *télos-arkhé* perseguido sea alcanzado. *Nostalgia metódica*: Odiseo ama y necesita de su nostalgia, la ausencia de lo que lo fundamenta, pues sin ella no podría ser el héroe reconfigurador que es.

Calipo le ofrece la no muerte y la eterna juventud, pero tiene que pagar un precio para que esta metamorfosis se realice. Ese precio es quedarse allí y olvidar su patria. Además, si permanece al lado de Calipo, vivirá oculto, y cesará, por tanto, de ser él, es decir, Ulises, el héroe del regreso.³¹

Ítaca (casa, patria, sí mismo) se presenta como un espacio jerárquicamente ordenado por el héroe (varón, padre, rey, razón) quien es autoridad capaz de disponer racional-ingeniosamente el mundo. Instancia-*topos*-concepto supremo del que dependen todos los demás entes: evitarlos, domesticarlos, aniquilarlos, rechazarlos, instrumentalizarlos. Todo funge como obstáculo a ser domeñado (y de esta manera lograr reafirmar la esencia puesta en peligro) o como medio para alcanzar la Unidad: ambas instancias deudoras la una de la otra. En una lógica del reconocimiento y el enriquecimiento, todas las cosas y vivencias le ocurren a Odiseo por *Algo*: todo es susceptible de adquirir sentido, puesto que Sentido es lo que tiene la travesía. El héroe es quien organiza racionalmente el mundo –ordenar y definir el *oïkos* tam-

29. Cfr. J. Choza, P. Choza, *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*, ed. cit., pp. 15-33.

30. *Ibid*, pp. 32-33.

31. J. Vernant, *El universo, los dioses, los hombres, El relato de los mitos griegos*, trad. J. Jordá, Barcelona, Editorial Anagrama, 1999, p. 131.

bién es determinar aquello que no lo es; reducir el mundo a mero medio, instancia, estación intermedia y de paso en ese viaje por alcanzar el hogar. Todo es susceptible de ser conocido, experimentado, nombrado, relatado, así de fuerte se presenta la voluntad de verdad del héroe: a Odiseo no le resta ya un solo punto del mar por conocer, su viaje abarca los dos puntos cósmicos del universo: el este, donde Circe reside; el oeste, donde Calipso vive; también los dos ejes polares: el Inframundo y la Isla del sol³². El héroe desactiva o pone a calculada distancia lo otro del hogar, aquello extraño que tiene intensidad inquietante (él es el único que puede ser legítimamente activo); visita inmunizado y asegurado lo que de otra forma desestructuraría y pondría en riesgo su mismidad; expulsa o aniquila lo extraño en aras de la defensa de lo familiar. Odiseo es soberano, centro, medida, y garantiza su aseguramiento teniendo siempre a su disposición sus capacidades e instrumentos: la carcoma no ha roído, con el paso de los años, el gran arco del divinal héroe (lo que lo identifica en la batalla en mar como en tierra) y ningún otro hombre tiene las habilidades y las fuerzas enteras, exceptuando al rey originario, para armarlo y usarlo en defensa de lo que le pertenece³³. El héroe también se arroga, como toda figura-principio soberano, la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida.

Así les dije, y obedecieron sin tardanza mi mandato. No les hablé de Escila, azar inevitable, para que los compañeros no dejaran de remar, escondiéndose dentro del navío (...) Cuando quise volver los ojos a la velera nave y a los amigos, ya vi en el aire los pies y las manos de los que eran arrebatados a lo alto y me llamaban con el corazón afligido, pronunciando mi nombre por vez postrera.³⁴

Ahora bien, Odiseo funda su *oikos* pero a la vez es fundado por este último, el héroe es constituido por aquello que constituye³⁵. El héroe ha de volver a Ítaca. Si su ser es ser soberano, ¿cómo no volver sobre aquello que gobierna y que, a su vez, lo define en tanto propietario y señor? ¿Cómo arriesgarse a no volver y, de esta forma, devenir otro de sí, dejar de ser lo que, esencialmente, se es: *anassein*, varón, rey y cabeza de familia, patriar-

32. Cfr. N. Marinatos, "The Cosmic Journey of Odysseus", *Numen*, vol. 48, no. 4, 2001, p. 381.

33. Homero, *Odisea*, trad. cit., Canto XXI, p. 337.

34. Homero, *Odisea*, trad. cit., Canto XII, p. 189.

35. "Pues si la modernidad puede ser entendida políticamente como la ruptura con una fundación trascendente del poder, el sujeto adquiere un lugar central al ser, al mismo tiempo, aquel que funda la soberanía y aquel que es constituido por ella". Programa de Estudios en Teoría Política, "Introducción", en E. Biset *et al.*, *Sujeto. Una categoría en disputa*, Buenos Aires, La Cebra, 2015, p. 12.

ca, señor que gobierna aquello que es gobernado³⁶? Para el héroe la casa-hogar (el *oikos*) se establece, pues, en tanto *topos*-imagen esencial. Odiseo mira, desde las rocas de Calipso, al mar como una senda, un camino hacia la propia casa, pero un camino nunca infértil³⁷. A lo largo del relato, cuando el héroe habla de males y hostilidades, *guerra* y *mar* van inseparables: es él quien ha sufrido el combate con los hombres o el surcar las temibles olas del gran abismo que es el terrible mar. Odiseo se esfuerza por reducir la multiplicidad de nombres del mar –su *poli-phonos*: *Thálassa*, *Pélagos*, *Póntos*³⁸– a una única voz, a camino (*Póntos*) asegurado. *Thálassa*, el mar como nombre materno y en cuyo regazo se ha crecido, no existe más para el héroe: ha perecido al igual que su madre Anticlea, la única de su familia privada de su dulce vida por la tristeza ante la ausencia del hijo amado. *Thálassa* ha devenido *Pélagos*: vasta amplitud, zona interminable, agua amarga e inquieta que se agita alrededor del héroe causando su dolor. Y Odiseo anhela y se esfuerza porque *Pélagos* devenga *Póntos*, y con ello discernir un camino, un puente en tanto sendero posible de regreso a casa.

El origen, pues, se establece como punto de partida y a su vez en tanto paraje terminal: no sólo es el lugar desde donde se partió para combatir en Troya –el comienzo u origen que posibilita–, es también Ítaca la finalidad, el *télos* que se persigue. Se parte para adquirir honores, se ha de volver a casa para gozar plenamente de ellos a través del reconocimiento de la identidad de quien partió y luego regresa. Originariedad y finalidad –originariedad de la finalidad; finalidad del origen– se identifican en ese *topos* que es el *oikos*: se nace en Ítaca, es la tierra de los padres, desde allí es posible embarcarse; a Ítaca se ha de volver para reconocer(se) en las raíces, en el terruño natal, en los rostros familiares, reafirmando así la procedencia, afianzando y corroborando quién se es y no se ha dejado de ser. Ítaca orienta, guía y determina el viaje, sin ella no habría *nostos* ni *algos* para Odiseo, puede que tampoco *Odisea*: “Desde luego, si Ulises permanece con Calipso no habrá *Odisea*, por lo tanto no habrá Ulises”³⁹.

Hacia una amistad con el mar: de las (im)posibles casas nietzscheanas⁴⁰

36. Cfr. M. Finley, *El mundo de Odiseo*, trad. cit., p. 42.

37. Cfr. M. Cacciari, *El Archipiélago. Figuras del otro en Occidente*, trad. M. Cragnolini, Buenos Aires, Editorial Eudeba, 1999, p. 22.

38. Para una revisión de la multiplicidad de los nombres del mar, véase: *Ibid.*, p. 21-22.

39. J. Vernant, *El universo, los dioses, los hombres...*, trad. cit., p. 124.

40. Este apartado en torno a una posible amistad con el mar en el pensamiento de

(...) el pensamiento archipiélago en virtud del cual
recomponemos los paisajes del mundo,
pensamiento que, a diferencia de los pensamientos de
sistema, nos indica lo incierto,
lo peligroso, pero también la intuición poética hacia la
que desde ahora nos dirigimos.

Introducción a una poética de lo diverso, Édouard Glissant

Antonio Benítez Rojo nos cuenta⁴¹ que aquella pequeña y rudimentaria máquina que Cristóbal Colón armó a martillazos en La Española devino, ya para la década de 1560 y debido principalmente a cambios tecnológicos y ampliaciones geográficas que buscaban enfrentar las pérdidas que los españoles sufrían frente a los corsarios franceses, La Máquina Más Grande Del Mundo. Y era la más grande porque allí, para esos años, se producía más de la tercera parte del oro del mundo, sin contar las enormes cantidades de plata, esmeraldas, brillantes, topacios y perlas que eran transportadas gracias al sistema flota –un imponente convoy de más de cien barcos- desde los puertos del Caribe (Cartagena de Indias y La Habana, principalmente) hacia Sevilla. Claramente la inmensa máquina de Felipe II, la del ‘Imperio donde nunca se oculta el sol’, era una máquina de máquinas: naval, militar, burocrática, comercial, extractiva, legal, lingüística, cultural y religiosa. La Máquina Más Grande Del Mundo: aquella que pretendía ofrecer al viajero un camino salvaguardado de regreso –siempre enriquecedor– a casa; también aquella que prometía la posibilidad de edificar la misma casa, la misma habitabilidad, en no importa cuál lugar: “Occidente no es el oeste. Occidente no es un lugar, es un proyecto”⁴².

España entre los siglos XV y XVI es la catástrofe (no sólo) del Mediterráneo como Archipiélago⁴³: querer hacer del mar en su multiplicidad una Tierra Firme donde se erija el Imperio en torno a una Unidad-Fundamento; pretender hacer de toda travesía una *Odisea* que, como lo mencionamos, se hace susceptible de reducir la pluralidad y diversidad de nombres del Mar únicamente a la toponimia de un *póntos* (senda, camino) domesticado,

Nietzsche representa una versión ampliada de la ponencia presentada por el autor en las ‘Primeras Jornadas de NEA sobre el pensamiento de Friedrich Nietzsche’ en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, Argentina, el 7 de mayo de 2015. La ponencia permanece inédita.

41. Cfr. A. Benítez Rojo, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*, Hannover, Ediciones del Norte, 1996, pp. VII – IX.

42. É. Glissant, *Le discours antillais*, I, note, Paris, Gallimard, ‘Folio’, p. 14. Citado en C. Béthune, *Le Jazz et l’Occident*, París, Klincksieck, 2008, p. 12. La traducción es nuestra.

43. Cfr. M. Cacciari, *El Archipiélago...*, trad. cit., p. 41.

asegurado y posibilitador de un reafirmar, enriquecer y reapropiar la identidad en tanto esencia; la curiosidad completamente reducida a *methodos*; la alteridad sometida, a través de la misión civilizadora o del exterminio, a repetida mismidad; toda espacialidad y posibilidad de encuentro reducidos a relaciones de mercado.

Pero en todo esfuerzo encorsetador político-ético-filosófico-vital, en su voluntad de petrificación y de Unidad, hay algo que resta, algo que fisura siempre los sistemas, algún “lugar” por donde la sólida estructura (se) *hace agua*. Imposible iluminarlo todo; quimérico esfuerzo el llevarlo todo a la claridad y distinción en tanto definitiva coherencia y sistematicidad, identidad, tranquilidad, aseguramiento. Voluntades de controlarlo todo que revelan ese impulso filosófico denunciado por Nietzsche de rellenar de paja lo vivo, de disecar el movimiento y el cambio, de establecer definitivamente un ámbito de indubitable certeza. Voluntad de inmovilizar, de solidificar. El anhelo de Tierra Firme que resuena en la *talasofobia* odiseico-cartesiana del ansia e impaciencia por encontrar el sólido punto arquimédico fuera del tiempo que ponga a salvo del mar y del posible naufragio, y que también resguarde de un ulterior des-tierra o navegación.

‘¡Ay de mí! Después que Zeus me concedió que viese inesperada tierra y acabé de surcar este abismo, ningún paraje descubro por donde consiga salir del espumoso mar. Por fuera hay agudos peñascos a cuyo alrededor braman las olas impetuosamente y la roca se levanta lisa, y aquí es el mar tan hondo, que no puedo afirmar los pies para librarme del mal. No sea que, cuando me disponga a salir, ingente ola me arrebate y dé conmigo en el pétreo peñasco, y me salga en vano mi intento. Mas si voy nadando, en busca de una playa o de un puerto de mar, temo que nuevamente me arrebate la tempestad y me lleve al ponto (...) haciéndome proferir hondos suspiros, o que una deidad incite contra mí algún monstruo marino (...) pues sé que el ínclito dios que bate la tierra está enojado conmigo’.⁴⁴

La meditación que hice ayer me ha llenado el espíritu con tantas dudas, que en adelante ya no está en mi potencia olvidarlas. Y sin embargo no veo de qué manera podría resolverlas; y como si de golpe yo hubiera caído en aguas muy profundas, me hallo tan sorprendido, que no puedo ni afianzar mis pies en el fondo ni nadar para sostenerme a flote. Me esforzaré, sin embargo, y continuaré otra vez el mismo camino por el que me encaminé ayer, alejándome de todo aquello en lo cual pueda imaginar la menor duda, lo mismo que si supiera que es por completo falso; y continuaré siempre por ese camino hasta que haya

44. Homero, *Odisea*, trad. cit., Canto V, 405-424, pp. 86-87.

encontrado algo cierto, o por lo menos, si no puedo otra cosa, hasta que haya aprendido con certeza que en el mundo no hay nada cierto.⁴⁵

Tierra firme, sombra de Dios o Dios mismo garante de la Unidad que sosiega y posibilita la construcción definitiva de toda arquitectónica de conceptos y de vida:

Arquímedes, para sacar el Globo terráqueo de su lugar y transportarlo a otro, no pedía más que un punto que fuera fijo y seguro. También yo tendré derecho a concebir grandes esperanzas si tengo la suerte de encontrar al menos una cosa que sea cierta e indudable.⁴⁶

Dios ha dado la Tierra a los musulmanes, el mar a los infieles.⁴⁷

Es la tierra de la verdad (nombre encantador), rodeada por un inmenso y tempestuoso mar, albergue propio de la ilusión, en donde los negros nubarrones y los bancos de hielo, deshaciéndose, fingen nuevas tierras y engañan sin cesar con renovadas esperanzas al marino, ansioso de descubrimientos, precipitándolo en las locas empresas, que nunca puede ni abandonar ni llevar a buen término.⁴⁸

Pero el mar no da tregua, embiste incesantemente. Pensamiento y vida estremecidos y arriesgados, en su fragilidad, sobre sismicidades que revelarían lo humano demasiado humano de toda construcción, figura y geo-grafía que se pretendía como instancia suprahistórica (conceptual o vital). El espacio del Archipiélago (*archi-pélagos*: mar principal) también se muestra intolerante a la subordinación y a la sucesión jerárquica: ninguna isla constituye su eje firme⁴⁹, su centro fijo desde el cual ordenar(se). El mar continuamente rompe sus represamientos, sus diques, y la estructura-fundamento que se solidificaba como organizador de existencias se torna inubicable a no ser como punto de referencia cartográfica momentáneo y transitorio. “Todo está en el mar” afirma Nietzsche en una apuesta por una filosofía de la navegación, por una amistad con el mar que invita a zarpar a

45. R. Descartes, *Meditaciones acerca de la Filosofía Primera. Seguida de las objeciones y respuestas*, trad. J. Díaz, Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2009, p. 247.

46. *Idem*.

47. Proverbio turco citado en M. Cacciari, *El Archipiélago...*, trad. cit., p. 34.

48. I. Kant, *Crítica de la razón pura*, trad. M. García Morente, México, Porrúa, 1996, p. 142.

49. M. Cacciari, *El Archipiélago*, trad. cit., p. 28.

compañeros de viaje, a marineros dentro de los que no parece caber ningún conciliador-sistematizador Odiseo.

Oh hermanos míos, cuando os he mandado destrozar a los buenos y las tablas de los buenos: sólo entonces es cuando yo he embarcado al hombre en su alta mar. Y ahora es cuando llegan a él el gran espanto, el gran mirar a su alrededor, la gran enfermedad, la gran náusea, el gran mareo. Falsas costas y falsas seguridades os han enseñado los buenos; en mentiras de los buenos habéis nacido y habéis estado cobijados. Todo está falseado y deformado hasta el fondo por los buenos. Pero quien ha descubierto el país «Hombre» ha descubierto también el país «Futuro de los Hombres». ¡Ahora vosotros debéis ser mis marineros, marineros bravos, pacientes! (...) El mar está tempestuoso: todo está en el mar. ¡Bien! Adelante! ¡Viejos corazones de marineros! ¡Qué importa el país de nuestros padres! ¡Nuestro timón quiere dirigirse hacia donde está el país de nuestros hijos! ¡Hacia allá lánzase tempestuoso, más tempestuoso que el propio mar, nuestro gran anhelo!⁵⁰

De la amistad en Nietzsche: alteridades y subjetividades en tensión

El tema de la amistad (también en términos de una *talaso-philía* nietzscheana) se ofrece como un lugar privilegiado, en la obra del filósofo alemán, para pensar la subjetividad, el vínculo con (nos)otros, la mismidad y la alteridad, la comunidad y la política⁵¹. Para el pensador alemán ni el esclavo ni el tirano pueden ser o tener amigos⁵². El encuentro amical con el otro, con los otros, no puede estar atravesado por el I-A del asno que dice sí a todo, constante asentimiento que confirma y reasegura lo dado y lo propio, y que se configura exclusivamente por prácticas regularizadoras sobre sí:

En verdad, tampoco me agradan aquellos para quienes cualquier cosa es buena e incluso este mundo es el mejor. A estos los llamo los omnicontentos. Omnicontentamiento que sabe sacarle gusto a todo: ¡no es éste el mejor gusto! Yo honro las lenguas y los estómagos rebeldes

50. Las obras de Nietzsche y su correspondencia se citan según la edición crítica *Digitale Kritische Gesamtausgabe Werke und Briefe* [eKGWB]. F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, eKGWB/Za-III-Tafeln-28. <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-III-Tafeln-28> trad. *Así habló Zarathustra*, trad. A. Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 2001, p. 299.

51. Para el tema de la amistad en el pensamiento nietzscheano Cfr. M. B. Cragolini, “Nietzsche: la imposible amistad”, en *Moradas Nietzscheanas*, ed. cit., pp. 125-132.

52. Cfr. F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, eKGWB/ZaI-Freund <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-I-Freund> trad., *Así habló Zarathustra*, trad. cit., p. 97.

y selectivos, que aprendieron a decir ‘yo’ y ‘sí’ y ‘no’. Pero masticar y digerir todo -jesa es realmente cosa propia de cerdos! Decir siempre sí -jesto lo ha aprendido únicamente el asno y quien tiene su mismo espíritu.⁵³

Tampoco es amistad la del tirano que reduce todo vínculo con el otro a mandato-obediencia: régimen, mandamiento y regla inquebrantable que ha de subsumir y anular todo conflicto, desacuerdo y oposición. Ambas instancias no hacen más que reducir toda alteridad a mismidad, totalizando, normalizando y homogeneizando diferencias en un *mono-tono* tan ajeno al rumiarse y a la multiplicidad de los matices (*nuances*) y ficciones de ese espacio de encuentro privilegiado para Zarathustra que es la ciudad de La Vaca Multicolor. Ambas instancias, en su anulación de la disidencia y la diversidad, hacen eco de esa eficacia normalizante-normalizadora propia de la metafísica que, erigiendo un mundo verdadero, indudable y divino, hace de este precepto medida para todo lo viviente.

Tampoco es amistad el encuentro que se da en el mercado, ese lugar tan afín al ‘último hombre’ nietzscheano: zona donde “las relaciones humanas se dan en el intercambio ‘exterior’ de interioridades subjetivadas y cerradas en sí mismas”⁵⁴. El mercado también se hace deudor de la metafísica: necesitado de valores y categorías esenciales y deshistorizadas que establezcan una equi-valencia para todo lo que allí es susceptible de ser intercambiado; *topos* que monotoniza, organiza y jerarquiza la pluralidad, diversidad y multiplicidad de *êthos* en torno a un único modo de valorar, alrededor de un Fundamento⁵⁵.

El martillo nietzscheano aplicado a la metafísica necesariamente redundará en mazo sobre el sujeto moderno. La crítica nietzscheana a la metafísica es también una crítica a cómo nos vinculamos con lo otro, con el mundo, con lo viviente. Para Nietzsche, pues, no se trata de un vínculo entre o desde tiranos, esclavos o mercaderes. ¿Desde dónde entender la amistad en el pensamiento del filósofo alemán como modo (im)posible de relación? Quizás desde el (no) lugar de la no apropiación, de la no asimilación, de la distancia que se rehúsa a hacer que la relación devenga grumo: “Tenemos que ser para nuestro amigo un lugar de reposo, pero un lecho duro, un lecho de campaña”⁵⁶. “En nuestro amigo debemos tener nuestro mejor ene-

53. F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, eKGWB/Za-III-Geist-2 <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-III-Geist-2> trad., *Así habló Zarathustra*, trad. cit., p. 275.

54. M. B. Cragolini, “Nietzsche: la imposible amistad”, en *Moradas Nietzscheanas*, ed. cit., p. 129.

55. *Ibid.*, p. 128.

56. F. Nietzsche, *NF 1883*, 12 [1]. <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/NF->

migo. Con tu corazón debes estarle máximamente cercano cuando le opones resistencia⁵⁷. La relación de amistad en Nietzsche privilegia la distancia frente a la propiedad, y su amor no es el de la exclusividad homogeneizante que se instaura en tanto modo de dominación, sino el amor del que permanece siempre siendo otro, no reducido a los parámetros de una mismidad⁵⁸. Amistad: lugar del encuentro, más nunca de síntesis-conciliación-desactivación, de diferencias y diversidades.

Vosotros os apretujáis alrededor del prójimo y tenéis hermosas palabras para expresar ese vuestro apretujaros. Pero yo os digo: vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos (...) Yo quisiera que no soportaseis a ninguna clase de prójimo ni a sus vecinos; así tendrías que crear, sacándolo de vosotros mismos, vuestro amigo y su corazón exuberante (...) Yo no os enseño el prójimo sino el amigo⁵⁹.

¿Qué es, pues, el amor sino comprender y alegrarse de que otro viva, actúe y sienta de manera diferente y opuesta a la nuestra? Para que el amor supere con la alegría los antagonismos no debería suprimirlos, negarlos. —Incluso el amor a sí mismo contiene como presupuesto suyo la dualidad (o la pluralidad) indisoluble, en *una sola* persona⁶⁰.

La amistad nietzscheana se ofrece, pues, en tanto espacio privilegiado para entender la idea de “entre”⁶¹, lo que supone que nos constituimos en el cruce con las fuerzas de los otros y de esos otros que somos nos-otros mismos y no en tanto asimilaciones o síntesis perfectas de conflictos salvados y conciliados de una vez por todas. La amistad se re-vela como metáfora de la constitución de la subjetividad en tanto encuentro transitorio de fuerzas conservadoras siempre atravesadas por fuerzas disgregantes; en tanto

1883.12[1] trad. *Fragmentos Póstumos III*, Editorial Tecnos, trad. D. Sánchez Meca y J. Conill, Madrid, 2010, p. 279.

57. F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, eKGWB/ZaI-Freund <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-I-Freund> trad., *Así habló Zaratustra*, trad. cit., p. 97.

58. M. Cragolini, “Nietzsche: la imposible amistad”, en: M. Cragolini, *Moradas Nietzscheanas*, ed. cit., p. 131.

59. F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, eKGWB/ZaI-Naechstenliebe <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-I-Naechstenliebe> trad., *Así habló Zaratustra*, trad. cit., pp. 102-103.

60. F. Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches II*, eKGWB/VM-75 <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/VM-75> trad., *Humano demasiado humano*. Citado en: M. B. Cragolini, “Nietzsche: la imposible amistad”, en *Moradas nietzscheanas*, ed. cit., p. 127.

61. M. B. Cragolini lleva a cabo una interpretación de la constitución de la(s) subjetividad(es) en el pensamiento nietzscheano desde la idea del “entre” (*Zwischen*).

subjetividades en perpetua tensión entre mantenerse y partir, entre una solidificación que no pierde su impulso y fuerza de fluidez⁶². El sujeto, en el sentido fuerte-moderno del término, es sometido en la filosofía nietzscheana al mismo proceso destructivo-deconstructivo en el que se incluyen todas las categorías metafísicas, dando como resultado de ello el reconocimiento del carácter de *productio* de la noción de subjetividad y la existencia de la misma en tanto ‘error útil’, en tanto ‘ficción regulativa’, y ya no en tanto una pura esencialidad⁶³. El reconocer al sujeto en tanto constructo y ‘error útil’ (en lugar de alma eterna, idéntica y esencial o de cogito cartesiano) da cuenta del mismo en tanto ficción lógica, necesaria y vital en el esfuerzo por habitar un mundo formulable, logicizable, comprensible: el sujeto pues se presenta en tanto señalador transitorio de una reunión-configuración momentánea de fuerzas siempre dispuestas a partir⁶⁴. Nietzsche se da a la tarea de deconstruir la concepción de un sujeto moderno que se posiciona frente a la realidad conformando su identidad en tanto poseedor de atributos siempre reconocibles, remitidos a un fondo esencial-sustancial con carácter de centro fundacional que lo hacen ser seguro de sí dentro de una lógica de carácter apropiativo, y el filósofo alemán hace dicha deconstrucción primordialmente desde una caracterización de las ideas de máscara y de multiplicidad del yo: debajo de toda máscara habrá necesariamente otra máscara; y la pluralidad de fuerzas del *Selbst* (sí-mismo), del cuerpo en constante devenir dan lugar a una configuración-instrumentalización de aquella otra instancia denominada *yo*⁶⁵.

La amistad da cuenta, pues, de ese encuentro de fuerzas que están dispuestas siempre para la partida, de esa momentánea detención y aglutinación de fuerzas sometidas a la ruptura continua que, a la postre posibilita, incesantemente, nuevas configuraciones. Lanzadas y arriesgadas al mar las amistades son incapaces de ofrecer aseguramiento definitivo en alguna falsa costa o puerto, son ensayadas, experimentadas, en esa pluralidad que hace del encuentro y de la subjetividad tensión irresoluble y morada transitoria.

LA AMISTAD DE LAS ESTRELLAS: Somos dos barcos y cada uno tiene su meta y su rumbo; bien podemos cruzarnos y celebrar juntos una fies-

62. Cfr. M. B. Cragnolini, “Extrañas amistades. De la *Philia* a la idea de constitución de la subjetividad como *Zwischen*”, en *Ibid.*, pp. 159-178.

63. Cfr. M. B. Cragnolini, “La constitución de la subjetividad en Nietzsche. Metáforas de la identidad”, en *Ibid.*, p. 30.

64. Cfr. M. B. Cragnolini, “La re-sistencia del pensar (filosofía nietzscheana de la tensión)”, en *Ibid.*, p. 21.

65. Cfr. M. Cragnolini, “La constitución de la subjetividad en Nietzsche. Metáforas de la identidad”, en: *Ibid.*, p. 29.

ta, como lo hemos hecho –y los valerosos barcos estaban fondeados luego tan tranquilos en *un* puerto y bajo *un* sol, que parecía como si hubiesen arribado ya a la meta y hubiesen tenido *una* meta. Pero la fuerza todopoderosa de nuestras tareas nos separó e impulsó luego hacia diferentes mares y regiones del sol, y tal vez nunca más nos veremos –tal vez nos volveremos a ver, pero no nos reconoceremos de nuevo: ¡los diferentes mares y soles nos habrán transformado!⁶⁶

De zozobras, temblores e impropiedades: la (im)posible casa nietzscheana

¿Nos queda pues la nostalgia de viajar como Odiseo? ¿El *nostos* del Imperio y del Fundamento? ¿De la subjetividad asegurada y siempre idéntica? ¿De la tierra firme sin zozobras, sismos ni oleajes? ¿Del amigo que, reafirmandonos sin cesar, nos dice lo que queremos oír?

El mar en Nietzsche reactiva su fuerza en tanto “metáfora” no sólo poética sino también *poiética* de la (des)constitución de sí y de la relación con los otros en tanto constante cambio y no definitiva detención. Con él se reavivan las corrientes de flujo y reflujo del devenir que recorren nuestros modos de hacer historia, de arriesgar conceptos y ficciones, también de narrarnos a nosotros mismos. Corrientes que el impulso metafísico habría querido creer inexistentes o definitivamente controladas, y que tan sólo habrían sido desatendidas o desembocadas en las aguas del Leteo. Un continuo e incesante resurgir de aquel caudal que recorre invisible y subterráneamente modos de vida, ciudades y arquitecturas –incluyendo las filosóficas^{67–}, y el cual, si bien no se hace visible en la cotidianeidad, si se llegase a prestar fino oído (como aquel que Nietzsche insiste en poseer y desarrollar) su casi sordo sonar nos recuerda que piedras y estructuras completas de un *êthos* de vieja data pudiera acaso incluso llevar⁶⁸.

66. F. Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft*, eKGWB/FW-279. <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/FW-279> trad. *La ciencia jovial*, trad. J. Jara, Caracas, Monte Ávila Editores, 1990, pp. 161-162.

67. Nietzsche aludiendo a las que él denomina “filosofías dogmáticas” se refiere a ellas también en términos arquitectónicos: “(...) tal vez esté muy cercano el tiempo en que se comprenderá cada vez más qué es lo que propiamente ha bastado para poner la primera piedra de estos sublimes e incondicionales edificios de filósofos que los dogmáticos han venido levantando hasta ahora (...)”. F. Nietzsche, *Jenseits von Gut und Böse*, eKGWB/JGB-Vorrede <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/JGB-Vorrede> trad., *Más allá del bien y del mal*, trad. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 19-20.

68. Cfr. A. Padilla, *De festejos y fugacidad de sujetos en Nietzsche*, Tesis de grado, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2010, p. 46. En: <https://repository.>

Con Nietzsche se hace necesario otro modo de viajar, otro modo de relación con el mar, con la casa, con el *hospes* y el *hostis*, con nosotros mismos en tanto *hospes* y *hostis*. La amistad como lugar del encuentro con el otro en tanto otro, y no en tanto reducción a una mismidad encorsetadora. Amistad con el mar: amistad con lo que golpea una y otra vez y hace de toda propiedad una impropiedad (de toda casa una pasajera morada) posibilitando así arquitecturas siempre nuevas. Es acá donde se nos juega nuestro problema habitacional (y la filosofía como problema habitacional) en el mundo: la impropiedad, la imposible casa resguardadora de una identidad incólume. No se nos condena a la intemperie inclemente, tampoco al radical silencio ante la ausencia de fe en el lenguaje (“La razón en el lenguaje: ¡oh, qué vieja hembra engañadora! Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática...”⁶⁹). Aún arriesgamos y ensayamos figuras (aún se habla, se canta, se recita, se escribe) pero desprovistas de un fondo último que, en su egipcismo, las momifique. Reconocemos en las formas-de-vida su ficcionalidad, su carácter de constructo humano, demasiado humano.

Qué agradable es que existan palabras y sonidos: ¿palabras y sonidos no son acaso arcos iris y puentes ilusorios tendidos entre lo eternamente separado? (...) Una hermosa necesidad es el hablar: al hablar el hombre baila sobre todas las cosas. ¡Qué agradables son todo hablar y todas las mentiras de los sonidos! Con sonidos baila nuestro amor sobre multicolores arcos iris.⁷⁰

Aún se lleva a cabo la creación de resguardos, de figuras habitacionales por fuerzas conservativas atravesadas por fuerzas disgregantes que las arriesgan una y otra vez a ser (des)dibujadas. Un siempre futuro país llamado «hombre». Una tierra-casa que se encuentra abatida por incesantes oleajes, y cuyos límites no han sido –y nunca serán– final y perpetuamente fijados. Una tierra que no se encuentra inmunizada de una vez y para siempre frente a aquel mar siempre en movimiento, en devenir, en flujo y reflujo continuo. Mar que, para un pensamiento que pretende moverse entre estructuras firmes, inmutables y seguras, desestructura y angustia

javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/6762/tesis79.pdf?sequence=1&isAllowed=y

69. F. Nietzsche, *Götzen-Dämmerung* eKGBW/GD-Vernunft-5 <http://www.nietzschesource.org/#eKGBW/GD-Vernunft-5> trad., *El crepúsculo de los ídolos*, trad. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2007, p. 55.

70. F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, eKGBW/Za-III-Gesende-2 <http://www.nietzschesource.org/#eKGBW/Za-III-Genesende-2> trad., *Así habló Zarathustra*, trad. cit., p. 304.

al susurrar, a quien pretende un punto fijo e inmóvil que guíe en plena altamar: “Los cuatro puntos cardinales son tres: el Sur y el Norte”⁷¹.

No es posible, pues, el des-cubrimiento de un terreno firme donde arquitectura-vida-filosofía se edifiquen inmutable y definitivamente libres de toda duda; no hay un fundamento inconmovible e impercedero desde el cual se construya, para toda la eternidad, la idea de un concluyente asentamiento humano que se torne sojuzgante de lo humano mismo y de lo *otro* viviente. Es precisamente el reconocimiento del inminente y continuo sismo, el vivenciar el flujo y el oleaje del devenir, lo que permite finalmente, para Nietzsche, el no anquilosarse en estructuras-conceptos-morales-moradas metafísicas. “Eternamente se construye a sí misma la casa del ser (...) ¡Hay muchas casas que construir todavía!”⁷²

En épocas como las que vivimos donde (no sólo) el mar se ha convertido en *topos* catastrófico, en cementerio y terrible fosa común de lo diferente, lo extraño y lo extranjero, necrópolis de insepultos cuerpos y diversidades, se hace menester habitar y posibilitar moradas a lo otro y a lxs otrxs (vivientes humanos y no humanos); hospitalidades de in-erradicable inquietud imposibilitadoras de asimilaciones-anulaciones de lo diverso a partir de certezas tranquilizantes, ejes fundantes y mismidades. Moradas, pues, en incesante (de)construcción en medio de territorios de vida-pensamiento siempre sísmicamente activos que exigen el arriesgar, permanentemente, nuevas formas de habitabilidad. Las (im)posibles casas nietzscheanas:

En el mar: Yo no me construiría ninguna casa (¡y forma parte de mi felicidad el no ser propietario de una casa!). Pero si tuviera que hacerlo (...) la construiría adentrándose en el mar –quisiera tener algunos secretos en común con este hermoso monstruo.⁷³

71. V. Huidobro, *Altazor*, Buenos Aires, Compañía Ibero Americana de Publicaciones S.A. 1931, p. 11.

72. F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, eKGWB/Za-III-Gesesende-2 <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/Za-III-Genesende-2> trad., *Así habló Zaratustra*, trad. cit., p. 305.

73. F. Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft*, eKGWB/FW-240. <http://www.nietzschesource.org/#eKGWB/FW-240> trad., *La ciencia jovial*, trad. cit., p. 150.